

DAVID LÓPEZ CANALES

El tigre y la guitarra

*El imprevisto cruce entre el flamenco
y la cultura samurái*

ÍNDICE

PRESENTACIÓN, 9

PARTE I

EL TIGRE, II

PARTE 2

LA GUITARRA, 81

PARTE 3

LA PULGA, 133

A mi hermana Nagore

LO DESCUBRIERON MUERTO UNA mañana de verano. La policía encontró su cuerpo en la plaza de Oriente. Era su sitio favorito de Madrid. Cuando comunicaron su muerte a sus amigos, la noticia les impactó. Sabían que podía suceder. De hecho, temían desde hacía tiempo recibir esa llamada y que aquel fuese su final. Aún así, confirmarlo resultó durísimo para ellos. Todavía lo es, al recordarlo, a pesar del tiempo. Había llegado a Madrid veinte años antes para cumplir su sueño, pero se había quedado atrapado entre dos mundos: el del flamenco y el del Japón antiguo. No supo salir. No pudo hacerlo.

Desde que la conocí he pensado mucho cómo contar esta historia. No solo le di vueltas en la cabeza. También, por supuesto, aquí, en el papel. Sobre todo aquí. Probé varias formas de comenzarla. Tenía diferentes ideas para seguirla y terminarla. En una de ellas el cadáver aparecía, puro orden cronológico, al final. La muerte es el final de la vida. También el desenlace de las grandes tragedias, la consumación definitiva de la trama, y esta lo era. En otra versión el cuerpo aparecía en la plaza de Oriente de Madrid a mitad de la historia. Empezaría narrando la vida y a la muerte no llegaría al final sino de forma súbita e imprevista a la mitad y entonces la historia se convertiría en otra historia. Era un buen giro, pensaba. Me convencí de ello. Como me había convencido previamente de contar la historia desde su comienzo, desde que se nace, hasta su final, cuando se muere. Tuve, incluso, más de medio libro escrito

con cada versión. Después las deseché y eliminé todo lo escrito. No solo no estaba ya convencido. Ni siquiera me gustaba.

Al final opté por contarlo como sucedió. En esta historia la muerte no es el final del camino, sino el principio.

PARTE I
EL TIGRE

«Los ríos profundos fluyen en silencio».

LA PRIMERA VEZ QUE escuché hablar de Yoichiro Yamada no esperaba escuchar hablar de él.

Fue en la academia de baile flamenco Amor de Dios. La escuela está en la primera planta del mercado de Antón Martín, de Madrid. Uno entra al mercado y ve puestos de alimentos, pero sube a la planta superior y se encuentra en otra realidad. Amor de Dios son pasillos de baldosas rojas, paredes que amarillean salpicadas de fotos en blanco y negro de los años sesenta y setenta, algunas con los nombres de los artistas escritos a máquina en pequeñas etiquetas, y carteles de espectáculos flamencos que sucedieron hace tantos años ya que ni sus protagonistas, probablemente, los recuerden. Amor de Dios parece un museo abandonado con vitrinas borrosas que cobijan trajes, castañuelas y pañuelos. Un espacio con forma de u en el que a ambos lados de sus pasillos, repletos de sillas alineadas donde descansan o se calzan los alumnos, se abren aulas de tarima rayada, con espejos desde el suelo al techo y más fotos antiguas, de flamencos ya muertos la mayoría de ellas. Aulas de las que entran y salen, sobre todo, mujeres con el pelo recogido en un moño, la cara sudada y los zapatos de baile exhaustos.

Allí llegan japoneses para aprender a bailar desde hace más de cincuenta años. Fue su director, Joaquín San Juan, quien me habló de él. Si buscaba historias de japoneses que habían venido a España a hacerse flamencos, me dijo, debía conocer la suya. La historia de su amigo Yoichiro Yamada. Desde la recepción de la academia, donde se encierra Joaquín y suena de fondo el cante antiguo de un toca-discos, recorrimos los pasillos hasta la sala de descanso para los pro-

fesores. Allí, en una repisa delante de un gran ventanal, al otro lado de una mesa invadida por vasos y platos de plástico, estaba colocada la foto que Joaquín había ido a buscar. La foto de Yoichiro Yamada.

Joaquín rodeó la mesa y se acercó a la ventana. La cogió y volvió hacia mí. Me la tendió. Enmarcada con un fino borde de madera estaba la fotografía deteriorada de un japonés de ojos oscuros que miraba fijamente a la cámara. Bigote y perilla largos y finos, como de mosquetero, en un rostro afilado, casi lampiño, y una melena también larga que brillaba de fondo. Había algo en su mirada que atraía. Sus ojos profundos y entrecerrados parecían mirar más allá de la cámara. Mostraban un poso de tristeza o melancolía. No supe descifrarlo. No sabía nada de él. Solo lo que me acababa de contar Joaquín: una mañana de verano, hacía más de diez años, la policía halló su cadáver en la plaza de Oriente al amanecer. Yamada había muerto. Sabían que podía suceder, sabían que sucedería, pero fue durísimo cuando se lo comunicaron. Por debajo de la barbilla, al final del cuello, irrumpía el mástil de una guitarra. Junto a la foto, bajo el cristal, había también un billete antiguo de metro, del 22 de noviembre de 1985.

—Es el primero que usó cuando llegó a Madrid... Siempre lo conservó con él —me explicó Joaquín cuando levanté la vista de la foto y lo miré señalándoselo—. Lo encontraron en sus bolsillos, junto a la entrada de un concierto que su maestro, el guitarrista Serranito, había dado la noche antes. Eso fue lo último que hizo antes de morir: ver tocar a su maestro... Por él se había venido a España.

Joaquín me contó poco más de Yamada aquel día. Que se había enamorado del flamenco en Japón. Especialmente, de la música del guitarrista Víctor Monge, conocido como Serranito. A mediados de los años ochenta se había venido a Madrid para hacerse guitarrista flamenco y ya jamás regresó. Decía que no podía volver. Se había pasado los últimos años de su vida en caída libre, en un deterioro progresivo, sobreviviendo en la calle, mendigando, durmiendo en el metro y lavándose donde le dejaban. Hasta

su muerte, veinte años después de haber llegado a España, en la plaza de Oriente. Un desenlace terrible. Sobre todo, un desenlace innecesario. Porque podía haber regresado a su país. Y porque, además, aunque no trabajaba ni tenía dinero, Yamada no era pobre. Durante sus primeros años en España se había dedicado a comprar guitarras artesanales y poseía una colección de una docena de ellas que podrían valer cerca de quince millones de pesetas, casi cien mil euros ya al final de su vida. Guitarras que, desde que empezó a vivir en la calle, le guardaban en las guitarrerías donde las había adquirido o en las casas de algunos amigos. Se negaba a vender ninguna; ni siquiera para comer o dormir en una pensión.

—Cada vez que le decía que no podía seguir así, que vendiera una y que empezara de nuevo, me contestaba que si lo hacía esa guitarra se convertiría en un tigre y lo devoraría —me reveló Joaquín.

Hablaba despacio y grave, marcando mucho las sílabas, con cierto dramatismo, pero también con resignación.

Esa primera vez que escuché hablar de Yoichiro Yamada yo no esperaba escuchar hablar de él. Había acudido a Amor de Dios buscando las historias de los artistas flamencos españoles que se fueron a Japón en los años sesenta y setenta, cuando empezaban a abrir allí los primeros tablaos y a extenderse la fiebre por el flamenco. La relación de este arte y Japón es una historia tan paradójica como atractiva y yo quería escribir un libro para contarla. El flamenco comenzó a llegar al archipiélago cuando el nuevo Japón brotaba de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial y, poco a poco, se fue convirtiendo para muchos en una pasión. No tiene equivalente con nada de la cultura japonesa ni de su música, pero muchos japoneses encontraron en él un arte que quisieron hacer propio. Era, para ellos, liberador. En un país en el que las emociones se ocultan, en el que alegrías y penas se reprimen y la contención es virtud social, el flamenco significaba todo lo contrario. El cante era llanto y fiesta. El baile era explosión de fuerza y rabia. Y la guitarra, el marcapasos de aquellas emociones.

Tanto les apasionó a algunos japoneses, tanto los atrapó, tanto los fascinó, que rompieron sus ataduras mentales, el aislamiento crónico de sus genes y sus libros de historia, el miedo y la inseguridad, en definitiva, para venirse a España a aprenderlo y descubrir un flamenco que en su país solo podían intuir. Así fue como en aquellos años sesenta algunos japoneses comenzaron también a llegar a Madrid, primero, y después a Sevilla, para hacerse flamencos. Viajes de ida y vuelta que encerraban mucho más que el recorrido geográfico que hacían.

Aquellas eran las historias que quería conocer y que me fascinaban. Empezaron siendo las de los españoles que se iban. Después empecé a interesarme también por las historias de los japoneses que venían a esa España aún sombría de los últimos años de la dictadura. Las aventuras de unos y otros con el flamenco como carbón de la locomotora de los sueños.

Joaquín había conocido a Yamada poco después de que llegara a España. No fue en Amor de Dios, sino en las peñas del extrarradio de Madrid que surgieron años antes como puntos de encuentro para los aficionados. Allí se juntaban los emigrantes que habían dejado el sur para buscarse la vida en la capital y que fueron poblando los nuevos barrios, suburbios y arrabales del extrarradio, habitados por trabajadores sin cualificación en busca de nuevas vidas, que tanto crecerían en los años cincuenta y sesenta. En las peñas se organizaban recitales de cante y toque del flamenco más puro, del flamenco de silla de madera y mimbre, de guitarra y cante, como siempre se ha cantado el flamenco. La mayoría de ellas, como la Fosforito, la Chaquetón o los Cabales, estaban en el barrio de Vallecas. Eran locales cedidos por parroquias o por el ayuntamiento, o alquilados a muy bajo precio, donde se juntaban los aficionados, pagando una pequeña cuota por ser miembros, y donde podían sentirse, aunque fuera por unas horas, en la tierra que habían dejado atrás y escuchar ese flamenco con que se la evocaba. Las peñas tenían, en los papeles, oficialidad de asociación cultural del barrio e,

intramuros, aspecto de taberna descuidada, adornada con carteles de flamenco o de corridas de toros en las paredes, mantones, castañuelas y fondo de armario de botellas de vino. Las peñas se convertían en pequeños refugios al margen de la vida rutinaria, del curro, de la familia, del no llegar a fin de mes, del destierro. Ese lugar donde alternar con los amigos del barrio, donde organizar tertulias flamencas improvisadas y pasionales y, también, donde algunos aficionados se animaban a cantar espoleados por la madrugada y el alcohol hasta el amanecer. En ese reducto, en esa patria chica amurallada de humo, noche y botellas, algunos socios, cuando veían allí a aquel japonés tan callado e introvertido, se reían de él.

—Ya está aquí el chinito de los cojones...

Yamada los miraba sin decir nada. Escuchaba todo en silencio, se colocaba en algún rincón apartado del local y presenciaba los recitales sin responder jamás a ningún insulto.

Joaquín lo conoció allí. Vio cómo se reían del japonés, por pasar el rato, por pura diversión.

Aquella tarde en Amor de Dios lo que me contó fue poco. Yo no iba buscando esa historia y, además, tenía algo de prisa, así que el relato fue apenas cinco minutos de crónica, ambos de pie, con el retrato sostenido en las manos, testigo mudo, igual que en las peñas, de su propia biografía. Lo escuché igual de callado y, cuando terminó, respondí algo como «menuda historia» y «pobre hombre», pero casi por cortesía. No era lo que yo buscaba. Yamada había venido a Madrid a mediados de los ochenta y yo rastreaba aventuras anteriores.

Esa noche, de regreso a casa, sin embargo, su historia volvió súbitamente a mi cabeza. Había sacado mi guitarra de la funda y me disponía a estudiar con ella, sentado frente al televisor apagado. La afinaba antes de empezar a hacer ejercicios con ambas manos para ir calentándolas —escalas, rasgueos, pulsaciones de pulgar, ligados— cuando vi el reflejo de la guitarra y de mi silueta en la pantalla, ambas difusas, veladas por la oscuridad del televisor

PARTE 2
LA GUITARRA

«Mientras dibujas la rama de un árbol debes
escuchar el suspiro del aire».

¿CUÁNDO SOÑÓ YOICHIRO YAMADA? ¿Cuándo surgió su deseo por emprender aquel viaje? ¿Cuándo brotó esa pasión por la guitarra convertida en anhelo? ¿En qué momento soñó con ese Yoichiro Yamada en el que quería convertirse y en el que, como decía, nunca se convirtió?

¿En qué momento soñamos? ¿Cuándo aflora ese sueño que se transforma en deseo, en ambición o en meta? ¿En qué fase de la vida surge? ¿En cuál se desarrolla? ¿Cuándo puede llegar a condicionarla, a trastocarla, a mejorarla o a destruirla? ¿En qué instante, y cómo, salta esa primera chispa que lo mismo se desvanece, se mantiene incandescente un tiempo o desata un incendio? ¿En qué punto nos convertimos en ese sueño, comenzamos a perseguirlo y ese sueño se hace realidad? ¿Cuándo dejamos de perseguir un sueño y es el sueño el que nos persigue a nosotros?

Desde que conocí la historia de Yamada pasé varias semanas enfocado en el desenlace de su vida. Quería conocer lo mejor que pudiera su final del camino, tan trágico, tan rotundo, tan triste y también tan inútil. Me dediqué a buscar a las personas que compartieron con él el largo y lento descenso hacia su infierno final. Necesitaba, o eso sentía, saber qué había pasado, dónde estaba él, qué hacía y qué decía aquellos larguísima meses antes de fallecer. Si no lo averiguaba no podría contar su historia porque tendría un agujero enorme en mitad del puzle.

También empecé a pensar que reconstruir la muerte era solo una parte del marco, pero que ahí no estaba realmente la historia de Yamada. Comencé a sentir que debía ir más atrás, o más pro-

fundo, porque no sabía todavía si era una cuestión cronológica o psicológica. Tenía preguntas nuevas que no era capaz de formular. O más que preguntas concretas, eran sensaciones, inquietudes. Algo que empezaba a percibir dentro pero que no podía exteriorizar en forma de pregunta ni materializar situándolo en una línea del tiempo o en un espacio.

¿En qué momento tuvo su sueño Yoichiro Yamada? Ese era uno de los interrogantes que me empezaban a empujar y que aca-paraban cada vez más protagonismo. Llegaba un momento en que los nuevos detalles que conseguía me resultaban conocidos. No me aportaban nada para reconstruir la historia. No eran más que pequeñas piezas del marco. En cambio, esa otra pregunta sonaba cada vez más fuerte, pero todavía difusa, con un significado o una trascendencia mayor pero que no veía ni comprendía.

Hasta que lo hice. ¿En qué momento soñó Yoichiro Yamada? Me estaba empeñando en reconstruir su agonía para poder contarla cuando me percaté de que las respuestas que necesitaba estaban en su vida. No necesitaba conocer los detalles de su muerte sino ir más allá y saber de dónde venía, quién era Yoichiro Yamada y en qué momento había soñado. Su muerte, aunque concentrase mi atención, no me brindaba las respuestas que buscaba. Estaban en su vida, y yo, en ese momento, apenas sabía nada de ella. Solo lo escaso que me habían contado unos y otros.

Yamada era un japonés que había venido a España para hacerse guitarrista con su maestro Serranito y que jamás volvió a Japón. Eso era casi todo lo que sabían de él. Nada. O casi nada. O, como supe en ese momento, todo eso no me serviría para contar la historia de Yamada como quería contarla. Si aspiraba a que existiese, y lo sentía ya dentro como una necesidad personal, debía ir más allá.

Para contar su historia, para contar su muerte, debía conocer primero su vida y saber en qué momento había empezado a soñar.

Al menos, sabía cuál debía ser mi primer paso. De hecho, era una pantalla que tenía pendiente, como si fuese un comodín que

me reservaba para cuando el juego se complicase. Si quería saber qué había soñado Yoichiro Yamada y cómo lo había hecho debía preguntarle a su maestro, a Serranito, al hombre por el que se vino a España a aprender a tocar y a quien veneraba más allá de la razón.

En 1985 Serranito llevaba ya algunos años instalado en un piso del Pinar de Chamartín, en la zona norte de Madrid, donde me recibió una mañana de primavera. Victoria, su esposa, había salido y el guitarrista estaba solo esperando mi visita. Pocos días antes había telefoneado a Victoria y le había contado que estaba tratando de conocer y reconstruir la historia de Yamada y que por supuesto quería hablar con Víctor. Aquel, el de Yamada, era un nombre que hacía muchos años que ella no escuchaba y su primera reacción fue de sorpresa. Ya había sentido antes esa misma respuesta. Mencionar su nombre resultaba como invocar un fantasma. El recuerdo de una historia inconclusa y de una persona cuyo desenlace seguía inquietando y generando la misma tristeza y la misma sensación de aturdimiento que cuando se produjo.

Victoria se acordaba perfectamente de él y de que la última vez que ambos lo vieron fue inmediatamente después de aquella actuación de su marido, un mes antes de su muerte. Yamada los esperaba a la salida del concierto, casi un suspiro de lo que fue, el alma arrastrando el cadáver, y un escalofrío les recorrió el cuerpo al ver que se encontraba tan mal. Recordaba también la larga relación que había tenido con ellos. La extraña relación, como la llamó, porque era tal la pasión que había entablado por su marido que a él, como me confesó ella, en algunos momentos le había llegado a parecer enfermiza.

El guitarrista me saludó con una calidad que intuí presagio de una gran conversación y me condujo al salón. Serranito conserva el mismo aspecto que en las fotografías de joven. Da la impresión

de que lo hubieran maquillado para envejecerlo, como en el cine. De que le hubiesen llenado la cara de arrugas, blanqueado el pelo, menguado ligeramente la estampa, pero sin cambiarle los ojos claros y traviosos, dejándole algo del niño y mucho del joven que observa el mundo para comérselo.

Nos sentamos en dos butacas separadas por una pequeña mesa redonda con una lámpara. Con la mano derecha extendida sobre el reposabrazos marcaba el compás de un tema que debía sonarle en la cabeza y que seguía también con el pie derecho. Acababa de estar estudiando con su guitarra, metido en la habitación donde, camino de los ochenta años, sigue encerrándose por las mañanas y por las tardes a tocar. Empezamos hablando de enfermedades, que era, como me dijo después, una forma tan buena como cualquier otra de romper el hielo. De las suyas.

Serranito acababa de atravesar un calvario de hospitales por problemas de circulación. Le habían desviado meses antes venas y arterias y reconectado como si fuesen tuberías. Las secuelas de una vida. También del tabaco y la bebida, aunque durante mucho tiempo los equilibró jugando casi a diario al tenis. Y, por supuesto, el peaje de la guitarra, de haberse pasado años sentado en una silla, sin moverse, con la guitarra dándole la vida pero también robándosela. En ese mismo salón donde charlábamos, como me reveló divertido, es donde atendió a Yoichiro Yamada, el mayor admirador que tuvo nunca, cuando llegó a Madrid.

Serranito tenía cuarenta y tres años y había vivido ya unas cuantas vidas desde que cogiese la guitarra por primera vez, con ocho. A los doce ya era profesional. El flamenco se le apareció de la forma más bella que se le podía aparecer a un niño de esa edad: con figura de mujer. La de una niña que se llamaba Manuela Cordero y que bailaba flamenco en los festivales de niños artistas en los que ambos actuaban. Él la miraba abobado. Tan abobado que decidió que quería tocar esa música para poder acompañarla cuando ella bailara. Para ello se fue primero a aprender a la academia donde sabía que